

LA LARGA HERIDA

Humanos y frágiles

Gloria Díez

Asturiana. Periodista y escritora. Ha trabajado durante más de veinte años en prensa donde ha realizado tareas de reportera y columnista. Ha entrevistado a personajes como Jorge Luis Borges, Doris Lessing, Adolfo Suárez o Mick Jagger. En Televisión, como guionista, ha colaborado, entre otros, con Adolfo Marsillach. En este momento es redactora jefe de la revista "A Vivir" que dirige Pedro Miguel Lamet. Su primer libro de poesía: *Mujer de aire, mujer de agua* se publicó en la colección "Adonáis". Su segundo poemario: *Dominio de la Noche* apareció en 2012 y el tercero, *Inocente Ceniza*, en 2018. Es además autora de una biografía: "Serafín Madrid, hortelano de sueños".

¿Cuándo ocurrió? ¿De dónde llega esta larga herida? Quizá nos hicimos vulnerables el día que nuestra madre Eva jugó a la ruleta rusa con la serpiente y perdió. La apuesta era fuerte: ser "como dioses". No ser dioses, solo ser "como ellos". Nos hicimos vulnerables el día que nos hicimos humanos y nos sometimos al vientre del tiempo, que es tanto como decir que nos sometimos a la muerte.

Todos los génesis son fascinantes, porque todos intentan transmitir la foto fija de ese minuto uno, el "por qué" y el "cómo" estamos aquí. Los manuales de teología y filosofía temblarían como sacudidos por un vendaval, si tuviésemos la certeza del "de donde venimos". Es la evolución, estúpidos, grita Darwin. Y claro, eso explica mucho. Pero, ¿explica todo?

Somos vulnerables en referencia a un daño, en referencia a un peligro. Somos monos desnudos, animales frágiles. Somos vulnerables porque algo puede herirnos, sea física o emocionalmente. Y por eso nuestra vulnerabilidad invoca la presencia de dos hermanos, dos formas de enfrentarse al riesgo, dos formas de asumir la experiencia del dolor: el valor y el miedo. Enfrentarse o huir, son las dos respuestas que llevamos impresas en nuestro cerebro más antiguo. Hay una tercera, quedar paralizados. Claro que tiene algunos inconvenientes: lleva a la neurosis.

Nacemos vulnerables y nuestra exposición a los peligros se dispara cuando nos hacemos viejos. Nuestra vida es como un relámpago entre esos dos momentos estelares, la llegada a escena y el mutis por el foro, pero no son síntomas especiales, todo lo que vive en el planeta, animal o planta se desarrolla así.

Domésticame

Antoine Marie Jean-Baptiste Roger, Conde de

Saint-Exupéry, antes de perderse en el mar, para sellar su vida con un misterio, nos dejó uno de los libros más leídos de la literatura mundial: El principito. Las cifras hablan de doscientos millones de ejemplares vendidos. Hoy el texto es de dominio público.

El Principito no es un relato para niños, aunque todos deberían leerlo. Lo mismo que no lo es Alicia en el país de las maravillas escrita por Charles Lutwidge Dodgson, bajo el seudónimo de Lewis Carroll. ¿Será casualidad que los dos escritores fueran buenos matemáticos? Ambas narraciones son libros-fábula, paráboles, pequeñas cosmologías del universo emocional, cartografías de los sueños.

Solo quien ha rozado el misterio sabe que lo esencial no está en el espectro de lo visible. Solo quien ha ido más allá de la lógica entiende que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, pero que ir de A hasta B no es llegar muy lejos.

Antoine de Saint Exupéry o Lewis Carroll, por distintos caminos, habían llegado a desconfiar de lo obvio. A sospechar que hay un camino al otro lado del espejo. ¿Y si lo que nos hizo humanos, lo que nos expulsó del paraíso, nos dejó ciegos?

El zorro dice: "Por favor, domésticame". "Si quieres un amigo, domésticame" Y ante la pregunta del principito, ¿qué es domesticar?, explica: "Domesticar es crear vínculos".

Pero son los vínculos los que nos hacen vulnerables. ¿Si no existiera la posesión, cómo podría alcanzarnos la pérdida? El zorro no teme a las lágrimas que le costará la despedida, su ganancia, su poética ganancia, es el color del trigo. "Los campos de trigo no me recuerdan nada y eso me pone triste. ¡Pero tú tienes los cabellos dorados, y será algo maravilloso cuando me domestiques! El trigo, que es dorado también, será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo", dice.

El vínculo nos hace frágiles, pero también engaña a nuestra radical soledad, nos permite apoyarnos en la fragilidad de los otros y creer que unidos seremos más fuertes.

Y el mayor vínculo es el amor.

"Amor, oh vanidad añeja y nueva / desnudo fuiste y siempre vas cual sombra/ y no puedes vestir sino de males" escribe el poeta y notario florentino Lapo Gianni. De acuerdo, a Lapo le salió mal un asunto de faldas y tuvo que



exiliarse, aunque Venecia no es mal lugar para el exilio. Eso explica su visión sombría, pero nadie puede negarle la lucidez de señalar con el dedo el talón de Aquiles del amor: la vanidad.

Y es que las pupilas de los enamorados reflejan, agrandada y sublime, la imagen del otro. Y cuando el hechizo se rompe, se rompe ese espejo misterioso que nos hacía extraordinarios. Volvemos al camino como gente vulgar, arrieros de mulas, porteadores de vino. Shakespeare lo llamó el sueño de una noche de verano. Una borrachera ligera y feliz, salvo porque, cuando te despiertas, descubres que has estado amando a un asno.

Lapo Gianni anduvo por el mundo al mismo tiempo que Dante. Debemos sospechar que nunca encontró a su Beatriz.

Círculos concéntricos

Se diría que crecemos como los árboles, en círculos concéntricos, nuestros anillos guardan el recuerdo de los años felices, y de los inviernos severos, las cicatrices de un hacha o un parásito. Y en el centro de todo eso, está nuestro núcleo, el origen de todo, el niño que fuimos. No hace falta recurrir a la psicología para saber que ese niño interior, que podemos negar, pero que nos espera siempre,

es la piedra angular de nuestras debilidades y fortalezas.

El núcleo duro de nuestra vulnerabilidad.

Hay un poeta catalán, un gigante, que ha escrito algunas de las páginas más brillantes de la literatura actual, su nombre es Joan y su apellido Margarit. En 2017 recibió su último premio (hasta ahora), el Iberoamericano de poesía Pablo Neruda.

En uno de sus grandes poemas, “Autorretrato junto al mar” del libro *Cálculo de estructuras*, publicado en 2005, hace una descripción difícilmente superable de ese muchacho interior. “Aquel niño callado. Juega solo. / Permanece detrás de estos ojos de viejo/ resiste la embestida brutal del mediodía/ oyendo con confusos versículos del mar/ y el grito de los cuerpos desnudos y oxidados/ al entrar en las aguas transparente y frías/ de la playa de piedras. Avergonzado corre/ de un escondite a otro de los cuentos”.

¿Cómo no reconocer al mejor Margarit en esa criatura desvalida? “Duerme dentro de mí, desvalida criatura: / duerme dentro de mi una noche de reyes/ donde en silencio vuelan las escobas y los lobos dejaron sus huellas en la nieve”.

El poeta, en su lucidez, se reconoce niño oculto, semilla

y tronco al mismo tiempo, coexistiendo en un cuerpo común: "Dentro de mí ocultate, desvalida criatura./Dentro de mí protégete de la cruel claridad./Recita la leyenda que habla del niño gris/ y de la miserable bicicleta / montada por el triste ciclista del suburbio. Te busca y está cerca/ Pedalea hacia aquí".

Dice Margarit que el poeta es el ser más pragmático, porque "bebe de la realidad". Lo que no es pragmático, asegura Joan, es la economía. Y debe ser cierto, porque la economía cree que la distancia más corta entre dos puntos es una ristra de ceros en la cuenta corriente.

No hace falta recurrir a la psicología, pero si recurrimos, veremos que, a la hora de explicar nuestros puntos vulnerables, apunta con claridad hacia la raíz. "Todo lo que nos ha sucedido en nuestra infancia, seamos conscientes o no, nos deja una huella indeleble, nos marca y nos condiciona", escribe la psicóloga Victoria Cadarso. Esas experiencias primeras "hacen que desarrollemos un determinado tipo de personalidad o sistema defensivo y/o protector o máscara que nos ayudará a defendernos de las influencias del entorno".

Defendernos. El objetivo es proteger nuestros puntos débiles, allí donde podemos ser heridos y para eso, máscaras, tal vez atacar, tal vez huir...

La buena noticia es que es posible desarrollar nuevos aprendizajes para evitar viejos patrones de comportamiento. Quizá aún estemos a tiempo de cambiar nuestro papel en el escenario.

Ante los violines

Alguien puede morir con el corazón roto porque a su equipo le metan un gol crucial en propia puerta. Y alguien puede sentirse traspasado por el sonido de los violines. Nuestra vulnerabilidad varía.

El hincha de fútbol se ha identificado de tal modo con su equipo que nada de lo que le ocurra en el campo le es ajeno. Son los colores, el grupo, el clan, es el sustituto de la lucha, el epígonos de la épica. La derrota o la victoria colocada en la parábola que describa una esfera. Tu suerte ligada a algo que no depende de ti, simple espectador expectante. Y cuando la desgracia se precipita como un águila, el corazón no soporta el envite. ¿Qué importa que sea un juego y un negocio? Importa lo que ocurría en tu interior, lo que tú pongas en él.

"Los largos gemidos del otoño traspasan mi corazón con su lánguida monotonía" dice Verlaine en uno de sus más celebres poemas, que debería ser leído en francés para sentir su música. Porque no son los gemidos del otoño, sino de sus violines lo que suena en los oídos de Paul. Cuando se acerca la hora de la herida y del recuerdo, el poeta tiembla y llora. "Les sanglots longs/ des violons/

de l'automne/ blessent mon coeur/ ¡d'une langueur/ monotone. /Tout suffocant/ et blême, quand/ ¡sonne l'heure, / je me souviens/ des jours anciens/ et je pleure. "

Nuestra vulnerabilidad tiene muchos registros. Y esos registros suelen acabar aludiendo a nuestras naturaleza contradictoria y dual. A nuestra capacidad para subir y bajar por la escala que lleva de lo sublime a lo nefando. Lo que nos acaba trayendo a la dichosa manzana, o fruto, que nos hizo conocedores del bien y el mal, que nos condenó a domesticar, es decir, crear vínculos, con ángeles y demonios. Y nos hizo ¡ay!, tan vulnerables. Blas de Otero expresó con acierto extraordinario esta naturaleza quebrada de lo humano en su poema "Hombre": "Esto es ser hombre: horror a manos llenas. /Ser y no ser/ eternos, fugitivos. / ¡Ángel con grandes alas de cadenas!

En el laberinto

Llegados a este punto, el laberinto humano no parece ofrecer una salida clara. En el baile de máscaras, cada cual elige la suya y con esa personalidad sobre el rostro trata de interpretar su papel. Se puede sobreactuar o ser indiferente. Se puede hacer cálculo de probabilidades, o jugar las monedas a cara o cruz, como propone Antonio Machado en sus "Coplas elegíacas", consciente como es, de lo poco que está en nuestras manos: "¡Ay de quien bebe y, saciada / la sed, desprecia la vida: /moneda al tahúr prestada, / qué sea al azar rendida!"

¿Lograron eludir el dolor Sade o Leopold von Sacher-Masoch? ¿Fue feliz Séneca? ¿La razón hizo invulnerable a Kant? Sin duda fue un gran parapeto, pero no parece probable.

Si hemos de creerles, los únicos que se sienten capaces de saltar con pétiga el mundo y sus complejidades para aterrizar en la otra orilla, son los místicos.

Sí, ahí está Juan de la Cruz, el medio monje, el frailecillo nacido en un mundo de pobreza y hambre, que estuvo a punto de morir bajo la "caridad" de sus hermanos en la fe. Escribe: "Tras un amoroso lance/ y no de esperanza falto, / volé tan alto, tan alto, / que le di a la caza alcance".

La caza, es decir la presa, el objetivo.

Para Juan los valores se han invertido. Esta vida es muerte (y ahí quizás Sartre podría estar de acuerdo, o al menos le aceptaría "infierno") y la muerte aparece como una liberación. "¿Qué muerte habrá que se iguale / a mi vivir lastimero/ pues, si más vivo más muero?", se pregunta.

Juan ha pasado definitivamente al otro lado del espejo. ¿Puede amenazarle la muerte cuando la desea, cuando piensa que es un despertar?

Si hemos de creerle, no. Pero, ¿le creemos? El problema de la bicicleta mística es que no lleva sillín. Y es una lástima. No admite pasajeros.